

Queridos hermanos, la frase: *Dad al César lo que es del César, dad a Dios lo que es de Dios* estigmatiza una división que ha atravesado la historia del cristianismo, especialmente desde la reconciliación del pueblo cristiano con el Imperio Romano.

El riesgo es reducir esta frase a un eslogan, sin poder ir más allá de la superficie de tal afirmación, que, en su sentido literal, es clara, evidente, casi se da por sentada; vivimos en un mundo en el que existen simultáneamente estos dos “poderes”, podríamos decir estas dos dimensiones: la **material**, que se estructura y organiza en una sociedad política, cultural, científica, y la **espiritual**, que se organiza en torno a una fe, una fe en Dios Señor de la Historia.

En la época de Jesús, cuando se hizo la pregunta, el tema era candente porque el pueblo judío estaba bajo el dominio político del Imperio Romano y sabemos que los imperios conquistan pueblos, los dominan, para que les paguen impuestos, para conseguir dinero.

Eso es lo que pasa hoy también, el poder siempre está a la caza del dinero, del tributo,... No olvidemos entonces las conquistas; cuando leemos los periódicos aún hoy, con todas las dificultades geopolíticas que hay, ¿qué hay detrás? El suministro de bienes materiales que pueden garantizar el bienestar de los gobernantes. Están, pues, los oleoductos, la búsqueda en el Mediterráneo de pozos de petróleo, se sienten “vientos de guerra”, pero todo se hace siempre en función del “daneé”, como se dice en Milán. Los que gobiernan el mundo son los dineros.

Los fariseos, que son muy sensibles al dinero, dicen: “Entonces, ¿debemos pagar estos impuestos o no? Estos [los romanos] son unos usurpadores, vienen a explotarnos; en cambio, nosotros tenemos un Rey, un Señor, que es Dios: debemos devolverle a Él”.

La respuesta de Jesús no es salomónica: *Dad al César lo que es del César y dad a Dios lo que es de Dios*; creo que hay un significado mucho más profundo.

Parafraseando a Jesús, es como si dijera: “Vale, os habéis organizado en sociedad, habéis estructurado vuestro reino apoyándoos en los romanos y por eso ahora pagáis el tributo que exige vuestra colaboración y sumisión.

Así que pagad el impuesto, pero al mismo tiempo, al igual que os preocupáis por vivir en armonía y no dejar que los romanos os dominen y destruyan, si no pagáis el impuesto, tratad de vivir en armonía con Dios: *dad a Dios lo que es de Dios*”.

Queridos hermanos, todos nosotros en este momento vivimos en esta doble dimensión: vivimos dentro de una sociedad organizada y estructurada, que tiene sus leyes, sus referencias, sus procedimientos, una sociedad a la que aportamos nuestra contribución como hombres comprometidos también en el ámbito civil y cultural, **pero con la atención y la prioridad de tener que referirnos siempre a Dios.**

¿Quién es, en realidad, el cristiano?

**Por lo tanto, es quien**, en sus acciones en el mundo organizado por un poder político, **tiene a Dios como punto de referencia prioritario; y todo lo que hace y elige, debe hacerlo en armonía con la voluntad de Dios.**

Entre otras cosas, el pasaje nos dice que la división entre poder temporal y poder espiritual, en la visión judeo-cristiana, es sólo aparente; **en realidad nuestro Dios es el Dios de la Historia**, que guía la Historia incluso sin el conocimiento de los hombres.

La primera lectura nos lo recuerda; el Señor dice: “Lo he tomado por la mano derecha, para hacer caer a las naciones ante él, para desatar los cinturones de los reyes, para abrir las puertas ante él, y ninguna puerta permanecerá cerrada. Te he tomado, te he dado un título, aunque no me conoces”.

Por tanto, Dios guía la Historia a veces de forma que nos parece contradictoria; de hecho, llamó a Ciro para que destruyera a los babilonios y liberara al pueblo de la esclavitud.

Nos cuesta entender que, dentro de nuestra vida cotidiana, dentro de esta historia que vivimos, el Señor se mueve a su antojo con elecciones, criterios, acontecimientos, hechos que se nos escapan, pero que a largo plazo pueden dar fruto.

Queridos míos, soy el primero en darme cuenta de esto, todos estamos tan concentrados en nuestro ombligo que desde la mañana hasta la noche no vemos nada más que nuestros pequeños problemas personales, que para nosotros son grandes; lo dice alguien que en los últimos años se ha enfrentado a muchas enfermedades, por lo que, incluso sin quererlo, aunque nos esforcemos, nuestra atención es captada por nuestras necesidades materiales personales.

Nuestra inteligencia es captada por las situaciones concretas de las personas en nuestro entorno.

Ahora que existe esta epidemia de Coronavirus toda nuestra inteligencia es absorbida por este problema, y nos empeñamos en encontrar nuestra propia solución olvidando que, como dice un proverbio popular: “no hay hoja que caiga donde Dios no quiere”.

**Como creyentes debemos siempre, dentro de las contingencias que nos toca vivir, buscar la trama espiritual que Dios teje a través de sus acciones.**

Cada uno de nosotros en la vida se encuentra a veces con hechos, expresiones, poemas, palabras sugerentes que se imprimen en nuestra mente.

Cuando era un joven “buscador existencial”, un buscador de la verdad, y me acerqué al mundo católico para intentar descubrir la verdad que propone el catolicismo, recuerdo que hice un curso de exégesis con Monseñor Ravasi.

Comentando un salmo, donde se dice: *día y noche me cortas de la urdimbre*, señaló cómo, según la visión bíblica, la trama existencial de todo creyente se desarrolla en el reverso de la alfombra: es decir, el tejedor teje y no vemos el diseño final de la alfombra, vemos la maraña de hilos y nudos en

el reverso; cuando la alfombra está terminada, se cortan todos los hilos, se le da la vuelta a la obra y vemos el diseño en el lado derecho.

Así que, queridos amigos, **lo que podemos ver es sólo el reverso de nuestras vidas, pero la fe es esa fuerza que nos dice que ese reverso, aunque sea invisible a los ojos de nuestra racionalidad, tiene una trama**, una lógica, un sentido, tiene una bellísima estructura.

Ciertamente se nos escapa, pero no se le escapa a Aquel que teje nuestras vidas.

Sin embargo, el Señor no puede hacerlo solo; **Él construye la casa, dice el salmista, si nosotros cooperamos con Él.**

**Estamos llamados desde la mañana hasta la noche a colaborar con Él para construir nuestra casa, para construir la trama de nuestra existencia.**

¿Cómo?

Interactuando, de hecho, con fe con la acción del Dios de la Historia, que se expresa y guía nuestras vidas incluso cuando aparentemente los hechos parecen contradecirle.

Creo que aceptar la invitación de Jesús: *dar a Dios lo que es de Dios* significa esto: **dar a Dios la confianza necesaria para que pueda realizar la obra de salvación en nosotros.**

Démosle nuestra confianza, abandonémonos a su trama, abandonémonos a su misterioso plan de amor.

Alabado sea Jesucristo.